

TESTIMONIO 18 DE JULIO DE 2024

Esther y Juan Emilio Fernández, Paraguay

“Porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mi...”

Juan Emilio: Muy buenos días, queridos hermanos equipistas. Somos Esther y Juan Emilio Fernández, de Asunción (Paraguay). Tenemos 28 años de casados y 21 años en los ENS. El Señor nos bendijo con 4 hijos: Raúl de 27 años, Gustavo de 24, Juan Diego de 22 y Ana Elisa de 15 años.

Queremos relatarles brevemente nuestra vida de movimiento y compartir los frutos que empezamos a cosechar gracias a ella.

Nuestro ingreso a los Equipos de Nuestra Señora se dio por la necesidad y deseo de encontrar una guía que nos encauce hacia Dios, que nos forme y fortalezca en la fe, y así poder estar preparados para cumplir con el compromiso de la formación espiritual de nuestros hijos.

Tuvimos la bendición de integrar un equipo, Asunción 12, con personas excelentes con quienes congeniamos desde el primer momento y forjamos en estos 21 años una hermosa y entrañable amistad.

Nuestra vida de movimiento fue muy activa, pasamos por una serie de servicios que mucho nos ayudaron a afianzarnos, conocer y amar a los ENS. Estamos convencidos que el ingreso a los Equipos marcó en nuestras vidas “un antes y un después”, nos sentimos encaminados y fortalecidos como cristianos, como matrimonio y como familia.

Lo que queremos compartir con ustedes principalmente se centra en nuestro compromiso de padres de formar espiritualmente a nuestros hijos ya que estamos convencidos que, como dice el Papa Francisco: “La mejor herencia que podemos dejar a nuestros hijos es la fe”.

De a poco, desde pequeños fuimos introduciéndolos a la oración, a la catequesis y a la vida de Iglesia. Hace más de 15 años en familia servimos a nuestra parroquia formando parte del Equipo de Liturgia, del coro y ellos ayudando como monaguillos. Sentimos mucha emoción y felicidad cuando los vemos en el altar, pero sobre todo creciendo y fortaleciéndose en la fe y en el amor a Dios.

Esther: En el año 2016 vivimos unos de los acontecimientos más fuertes de nuestras vidas, que nos marcó y nos acercó mucho a Dios: nuestro hijo mayor Raúl Emilio, después de terminar su proceso de discernimiento, tomó la decisión de ingresar al Aspirantado Franciscano Capuchino para entregar su vida al servicio del Señor.

El 7 de febrero de ese año fuimos a llevarlo al Convento Capuchino que dista 200 Km. de Asunción, ciudad en donde vivimos. Él estaba feliz, radiante y muy convencido del paso que estaba por dar. Su mirada tenía un brillo especial y no podía dejar de sonreír evidenciando un gran gozo. Por otro lado, a nosotros, nos resultaba imposible evitar que algunas lágrimas se escapen, que rápida y disimuladamente las secábamos. Sinceramente, fue un día muy difícil, era demasiado duro hacernos la idea de que ese ser tan especial al que tanto amamos ya no viviría en nuestro hogar. Él era nuestro compañero y la cabeza de la casa en nuestra ausencia.

Después de dos horas de viaje llegamos al Convento, un lugar hermoso con amplios jardines en donde se sentía la presencia de Dios. Los hermanos capuchinos encargados del lugar nos recibieron muy amablemente y nos dispusimos a bajar su equipaje e instalarlo. Estuvimos aproximadamente dos horas en ese paraíso que se convertiría en el nuevo hogar de nuestro hijo. Y finalmente, había llegado el



más duro de los momentos, debíamos dejarlo y regresar a casa. Se acercó a nosotros con las manos juntas y nos dijo. "Mamá, Papá quiero que me den su bendición". Con el inmenso amor que sentimos por él se la dimos, nos fundimos en un fuerte abrazo y nos despedimos, a partir de ese momento lo dejamos en manos de Dios y de nuestra Madre María Santísima.

Iniciamos el camino de regreso a casa con una inmensa tristeza, dejando una parte de nuestro corazón en ese sitio. Por muchos kilómetros estuvimos en silencio y secándonos las lágrimas que no paraban de brotar, como los discípulos de Emaus estábamos tristes y desolados.

Pero más duro fue en los primeros días sentir su ausencia, no tener noticias de él, ya que no podía comunicarse con nosotros.

Nuestro Sacerdote Consiliario, el Padre Arduino Petris en esos días nos iluminó con un pensamiento de San Juan Bosco: "Cuando un hijo abandona a sus padres para seguir la vocación, Jesucristo ocupa su lugar en la familia". Y créannos que así ocurrió, a medida que pasaban los días nosotros aumentábamos nuestros momentos de oración, nuestras visitas al Santísimo y las misas entre semana, lo necesitábamos imperiosamente. Era como si el propio Jesús nos acompañara en ese camino de desprendimiento, nos mostró su cercanía, con ternura nos consoló y sobre todo nos abrió los ojos para que podamos ver tres verdades: Primeramente, que estábamos realizando a Dios nuestra más valiosa ofrenda, entregando un ser muy amado para que sea instrumento suyo; la segunda que debíamos respetar decididamente la decisión que tomó Raúl al aceptar el llamado; y la tercera que estábamos recibiendo una inmensa bendición: ¡Un hijo nuestro iba a ser Sacerdote!

Siempre fuimos conscientes de que nuestros hijos son dones temporales que Dios nos dio y que sus vidas no nos pertenecen, le pertenecen a Él. Él es quien los vio aún desde antes de nacer y ya tenía escrito cada uno de los días que vivirían. Nos emociona pensar en el la frase del libro de Jeremías que dice: "Antes de formarte en el vientre de tu madre te conocí; antes que salieras del seno te consagré". Nos llena de gozo cuando pensamos que esas manos pequeñas que fuerte nos agarraban cuando daba sus primeros pasos puedan un día consagrar y levantar el Cuerpo de Cristo. Que puedan bendecir, perdonar, aliviar y sanar.

Que esa voz que escuchamos tantas veces decir "Papá o mamá", puedan pronunciar las mismas palabras que pronunció Nuestro Señor Jesucristo. Que toda su persona se convierta en Él, para llevar alegría donde haya dolor, luz donde haya oscuridad y consuelo donde haya dificultad.

Juan Emilio: Ya se cumplieron 8 años de su ingreso al Convento, actualmente está cursando el 3er. año de Teología y Filosofía, ya profesó sus votos como religioso, y si Dios permite unos años más se estaría ordenando como sacerdote.

Nos llena de satisfacción y emociona ver a nuestro hijo predicando la Palabra de Dios con fe y pasión, dando charlas vocacionales a los jóvenes, yendo de misión hacia el interior de nuestro país y compartiendo sus reflexiones a través de las redes sociales.

Lo extrañamos mucho, pero lo vemos cada día más pleno y feliz con el camino que eligió y eso nos hace muy felices también a nosotros, y lo más importante: Jesús se quedó con nosotros, ocupó su lugar en nuestro hogar y esa es nuestra mayor gracia.

Hermanos equipistas queremos dejarles un mensaje: es muy importante ocuparnos de la formación espiritual de nuestros hijos, sobre todo estar abiertos y acompañarlos si notamos en ellos un despertar vocacional.

Nuestra Iglesia necesita Sacerdotes! Es absolutamente imprescindible la encomiable labor que ellos realizan. Nunca olvidemos que sin sacerdotes no hay Eucaristía, ni perdón sacramental de los pecados,



ni acompañamiento a tantas personas que buscan esa presencia de Cristo a su lado. Seamos conscientes que debemos apoyar siempre a nuestros Sacerdotes, tanto consiliarios como a los de nuestras parroquias.

Y si nos preguntamos: ¿de dónde salen los sacerdotes? La respuesta es que los sacerdotes salen principalmente de las familias, en donde se les dio a conocer y se les enseñó a amar a Dios, y qué mayor bendición que surjan de las familias de los ENS!! Ellos serán futuros Consiliarios, conocedores y convencidos de la gran riqueza de nuestro hermoso Movimiento.

Esther: Para todo nuestro entorno familiar y de amistades es un motivo de alegría y orgullo que Raúl esté encaminado a su vocación e inclusive es motivo de inspiración para muchos de ellos. Con mucha alegría visitamos constantemente el Convento de nuestro hijo, ya que ahora tenemos allí una nueva familia y tratamos de apoyar en todo lo que podamos a las necesidades de su Congregación y de hacer conocer todas sus actividades, especialmente aquellas que están relacionadas al llamado de nuevas vocaciones.

Nos sentimos muy honrados y amados por Dios, y le damos Gracias y lo alabamos sintiendo en el alma el fragmento del Magnificat que dice: "Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí", porque definitivamente "El Poderoso hizo una gran obra en nuestra familia".

Muchas gracias.

